

—Pues en ese caso, tomad á cuenta esta bolsa. En ella hallareis cien doblas, y cuando necesiteis más pedidme; ya ajustaremos cuentas.

—Sin embargo, es preciso que sepa vuestro amigo el premio de mi trabajo.

—Harto lo sabe ya, y como tiene buen corazon y está seguro de que le pagarán muy caros los mapas y los globos, sacareis más partido con él que con cualquiera otro.

Colon aceptó aquella cantidad, porque estaba seguro de ganarla, y bendijo á la Providencia que le proporcionaba medios para vivir cuando lo creia todo agotado.

Isaac no habia cumplido más que la mitad de su propósito al ir á casa de Colon.

—Ahora, amigo mio,—le dijo,—desearia pedirros un favor.

Nada más lógico en un judío.

Colon adivinó que la generosidad que habia desplegado para con él iba á encontrar la remuneracion en el favor que se proponia pedirle.

—Hablad con confianza,—le dijo.

—Pues bien: vos conoceis á mi hija; más que por nada, porque no tiene madre, deseo darla una buena compañía.

Sé que una ilustre dama que os estima y protege, doña Beatriz Enriquez de Córdoba, casa á su camarista. Si vos os dignáseis hablarla de mi hija para que reemplazase á esa jóven, me haríais un señalado favor, y completaríais la obra de caridad que

habeis hecho al arrancarme de los brazos de la muerte.

Colon se apresuró á aceptar aquel encargo, no tanto porque Rebeca le habia inspirado simpatías, sino porque le proporcionaba un pretexto para volver á ver á Beatriz.

Fué en efecto á verla, y entónces le recibió con una amabilidad inaudita.

—No os creia tan egoista,—le dijo.

—¿Egoista yo, señora?

—Sí por cierto.

—No comprendo la causa de esa acusacion.

—Habeis dejado trascurrir muchos dias sin venir á verme, y antes, cuando tenia influencia, cuando podia ser útil á la realizacion de vuestros proyectos, os veia más amenudo.

A estas palabras unió una mirada, en la que el ménos lince hubiera notado la pasion que ardia en su pecho.

Todas las dudas de Colon se disiparon.

Alentado por la amabilidad de Beatriz, cuando ésta le dijo que al dia siguiente se verificaria la boda de Inés y de Beltran, le habló en favor de Rebeca.

—Vos la recomendais y eso basta; que venga, y si merece mi proteccion, no sólo reemplazará á Inés en el puesto de mi primera servidora, sino en el afecto que siempre la he profesado.

El cariño con que le habia recibido aquella segunda vez, acabó de volverle loco.

¿Qué clase de sentimiento era el que le inspiraba?

¿Qué mujer era aquella tan desigual?

¿Lo era efectivamente, ó le parecía á él que lo era?

A todas estas preguntas, sólo se daba una respuesta: que la amaba con toda su alma, que no podía vivir sin su amor.

Rebeca entró al servicio de Beatriz el mismo día en que Beltran á Inés, unidos por indisolubles lazos, partieron para Baeza.

La llegada de Beatriz se había sabido en la corte, y la reina la mandó llamar.

—Basta ya de licencia,—le dijo,—necesito tu afecto, y quiero que vuelvas á mi lado.

No podía suceder otra cosa, y aunque lo sintió en extremo, Beatriz tuvo que conformarse con la voluntad real.

Pero al mismo tiempo se prometió no pronunciar una sola vez el nombre de Cristóbal Colon delante de la reina.

Otro motivo tenía para que le disgustara volver á palacio.

Necesitaba renunciar á recibir á Colon, ó por lo ménos á recibirle en público.

Como luchaba, como quería á toda costa defenderse, como prefería la muerte á aparecer débil á los ojos de los que tantas veces habían sentido y admirado su fortaleza, al pronto creyó que su vuelta á la corte le haría olvidar los

sentimientos que la soledad había inspirado á su alma, y recuperaría el valor que la había abandonado.

Era ya tarde, muy tarde.

Había preparado las cosas de tal manera, que no tenía otro remedio que sucumbir.

Por medio de Beltran había sabido la escena de Colon en casa de Rebeca, y la llegada del padre y de la hija á la posada con el fin de manifestarle su reconocimiento.

Al mismo tiempo de saber esto, había descubierto en el rostro y en el traje de Colon las huellas de la pobreza.

Podía favorecerle; pero él era incapaz de aceptar sus socorros.

Por medio de su paje mandó llamar á Isaac.

Apenas estuvo en su presencia, sobornando su codicia.

—Debo grandes favores á un hombre,—le dijo,—á quien también vos estais reconocido. Es noble, aunque desgraciado, y su nobleza le prohíbe aceptar ni de vos ni de mí, lo que más necesita: auxilios pecuniarios. Pero vive de su honrado trabajo, y es necesario que no le falte nunca. Lo que yo no puedo hacer por mí vais á hacerlo vos, olvidando que yo os lo he encargado.

Entre los dos concertaron un plan, cuyos resultados conocen ya mis lectores.

Aún hizo más Beatriz.

Deseaba á toda costa para reemplazar á Inés una

mujer que no conociera su pasado, que tubiera bastante fortaleza y discrecion para ocultar sus secretos y favorecerla en sus planes.

Quiso ver á Rebeca, la vió, comprendió que podia llenar cumplidamente sus deseos, y mandó á Isaac que pidiera á Colon que le recomendase á su hija, porque de esta manera justificaria más á los ojos del extranjero degradado el interés con que le proporcionaba los medios de vivir.

Al mismo tiempo nadie mejor que Rebeca podia ayudarla á realizar los planes que abrigaba en su mente, sobre todo si tenia que agradecer su fortuna al extranjero.

Así las cosas, no tuvo más remedio que dar al traste con sus propósitos y utilizar los medios que se habia proporcionado para llegar al colmo de su soñada felicidad.

Isaac trasladó sumorada á una casa contigua á la de Beatriz, cuya puerta daba á un callejon sin salida.

Habia sido una antigua dependencia de la casa, y los últimos que habian habitado en ella fueron unos antiguos servidores de don Iñigo Enriquez.

Hacia ya mucho tiempo que estaba deshabitada; pero nada tenia de extraño, que hallándose Rebeca al servicio de Beatriz, viviera Isaac en aquella casa.

Colon habia sabido por fray Pedro Antunez que Beatriz habia vuelto á la gracia de la reina.

—Ahora más que nunca debo contener mi passion,—se dijo;—podria considerar mi afecto como un medio de conseguir su proteccion.

Y muy á pesar suyo, y resolviendo al ver su estado de ocultarse de las promesas que habia hecho á fray Juan Perez de Marchena de partir de Córdoba, fué de nuevo una tarde á llevar á Isaac algunos mapas que habia concluido.

El judio quiso agasajarle, y le obligó á que participara de sus manjares.

—Gracias á vos,—le dijo,—al cabo de mis años he encontrado los medios de ver bien colocada á mi hija, y de disfrutar de una gran parte de los beneficios que ella disfruta.

Esta habitacion la ha destinado para mí doña Beatriz.

Por una puerta, que dificilmente puede hallarse á no saber el secreto, comunica con su palacio y ha tomado en tan poco tiempo tanto afecto á mi hija, que la permite todas las noches venir á verme y traerme algo de los manjares que han sobrado de su mesa.

Aquella confidencia despertó un pensamiento en Colon.

Antes de partir para siempre necesitaba verla, y el único medio de realizar este deseo, sin comprometer en lo más mínimo su reputacion, era aprovechar aquella puerta secreta para llegar á su estancia, sin que se apercibieran de ello más que las personas que por la gratitud deberian ocultarlo.

—¿Con que aceptais mi humilde ofrecimiento?—dijo á Colon.

—Lo acepto de buen grado,—contestó el geno-

vés;— de esta manera veré á Rebeca,—se dijo Colón,—y la suplicaré un favor.

La jóven israelita no se hizo esperar.

De pronto se abrió una mampara, que parecía una parte de la pared, y entró Rebeca.

Sorprendida al pronto, no tardó en mostrarse bondadosa con el hombre á quien llamaba dos veces su protector.

Sirvió á Colón y á su padre los manjares que traía, y en tanto que Isaac fué á buscar una redoma, donde guardaba un vino que no solía sacar á luz más que en las grandes solemnidades, Colón habló á Rebeca.

—¿Puedo contar con vos?—la dijo.

—Os debo la vida de mi padre; mandadme.

—Pues bien: decid á doña Beatriz que me habeis visto aquí, que he resuelto partir para siempre de Córdoba; pero que antes necesito verla por la última vez, que sé que es imposible que yo pueda entrar en su casa á la luz del día, pero que por esta comunicacion puedo llegar á su estancia sin comprometerla en lo más mínimo.

—Bien, sí; se lo diré.

—Volved á participarme su respuesta.

—¿Sin que mi padre se entere?

—¡Oh! Sí; es necesario que él lo ignore todo.

—En ese caso, volveré en seguida, y si veis que le alejo de aquí con cualquier pretexto, volved mañana á estas horas! El no estará aquí; yo os aguardaré, abriré la puerta sin que se aperciba, y entrareis á ver á doña Beatriz.

Isaac llegó con la redoma, y escanció el vino en el vaso de su huésped.

Rebeca se alejó.

Colón aguardaba con impaciencia su vuelta.

Trascurrió más de media hora; media hora que le pareció un siglo.

Ya se disponía á marchar desesperado, cuando se abrió de nuevo la puerta secreta.

—Padre, padre,—dijo Rebeca,—es necesario que vayais á casa de Samuel á buscar las yerbas con que cura el dolor de cabeza.

—¿Te encuentras mal?

—Sí, un poco, pero no es nada. Ya sabeis que con eso me pongo buena en seguida.

—Yo os acompañaré,—dijo Colón, tratando de ocultar la alegría que aquella noticia le había dado.

Samuel y Colón abandonaron aquella pobre morada, y aunque quiso el segundo acompañar al primero, este se obstinó en dejarle en su posada.

Beatriz accedió á recibirle.

¿Sería para aconsejarle que partiera?

¿Sería para disuadirle de su intento?

Colón esperó con ansia el día siguiente.

A la hora señalada llamó á su puerta.

La puerta se abrió, y Rebeca estaba sola.

—Venid, venid,—le dijo,—y pensad para siempre, que siendo vuestra esclava, no haré más que pagaros el inmenso favor que me habeis hecho, salvando la vida á mi padre.

Rebeca le guió por una escalera estrecha, y sin que nadie los viera, le introdujo en la habitación en donde estaba Beatriz.

Beatriz y Colon quedaron solos.

Capítulo XXIV.

Dos almas en una.

—Ya veis que vengo á veros como un criminal,— dijo Colon;—es tanta mi desdicha, que el mundo que me niega su amparo para todo, me prohíbe tambien que pueda entrar á la luz del dia en casa de mi protectora.

—Haceis bien; y obedeciendo á sus leyes, que son muy duras, os lo confieso, me habia propuesto no volver á admitiros en mi casa; pero me han dicho que vais á partir, que estais resuelto á abandonar para si empre esta patria que tan poco hospitalaria ha sido para vez, y he sentido tal pena al oír esta resolución, que aun á riesgo de pasar á vuestros ojos como una mujer débil, os he llamado y os he hecho entrar en mi morada de una manera que no es digna ni de vos ni de mí.

—Os doy las gracias, porque si hubiera tenido que